

Charlotte Carter

En primera línea de fuego
Segundo misterio
en el condado de Cook

Traducción del inglés de
María Corniero

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

He ejercido el privilegio de todo autor de mezclar hechos reales y ficticios. Varios locales de Chicago –tiendas psicodélicas, restaurantes, librerías, etcétera– han recibido nombres ligeramente modificados. Aquí y allá, he inventado la geografía de algunos lugares del South Side y del North Side. Y Forest Street, donde Cassandra vivió de niña, es totalmente imaginaria. (*N. de la A.*)

Para Bonnie (Neysa) Pessin
y para Carol Brice, Tor Faegre,
Phyllis Forsbeck, Karen Kamarat,
Saundra Pittman, Mark Riegel y Stan Zuni.

Chicago, 1968

Dicen que el infierno son los demás.

¿Qué sabrán ellos?

Soy una solitaria reformada, por así decir. Tras toda una vida sin pareja, ahora vivo con un grupo de personas y estaría dispuesta a cortarme un brazo casi por cualquiera de ellas.

Compartimos un destartado piso, trepidante con las idas y venidas de ocho jóvenes más o menos saludables que viven de acuerdo con los tiempos. Estudiamos para los exámenes, trabajamos esporádicamente vendiendo vaqueros o reparando bicicletas por sueldos de miseria, hablamos de cine, hacemos pan, escuchamos discos y nos entregamos en cuerpo y alma al esfuerzo antibélico.

La manifestación de hoy ante la oficina de reclutamiento de Van Buren Street se puso fea y, gracias a las resplandecientes porras de lo mejorcito de Chicago, Cliff Tobin, uno de los residentes más encantadores de nuestra comuna urbana, tiene el labio hinchado. Los demás llevamos con orgullo nuestras variopintas magulladuras. Pero estamos bien. Hemos podido volver a casa.

Ahora mismo suena una música atronadora y desafiante. Uno de los nuestros está liando un porro de primera que bastaría para relajar a todo el estado de Oklahoma. En la mesa de cocina de segunda mano tomaremos una magnífica sopa de hortalizas recién cogidas de la tierra, fumaremos de gorra y beberemos los unos de los vasos de los otros. Más tarde, cada cual pasará la noche con su amante en alguna parte de la ciudad. Incluso yo.

Incluso yo, la chiquita negra pecosa y no muy agraciada del South Side, entusiasta recluta del ejército rockanrolero de mi generación: tomar ácidos, sí al amor, no a la autoridad, beber la vida a grandes tragos; fuera como fuese el año pasado, ya no soy la misma.

Sí, lo sé: el mundo lleva mucho tiempo funcionando y se las ha arreglado estupendamente sin nosotros. Es probable que nos estemos sobrevalorando. Me importa un pimiento.

Y, además, ya casi es Navidad.